

Índice de contenido

[Start](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera Parte Wuhan](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Segunda Parte Valencia](#)

[Cita](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

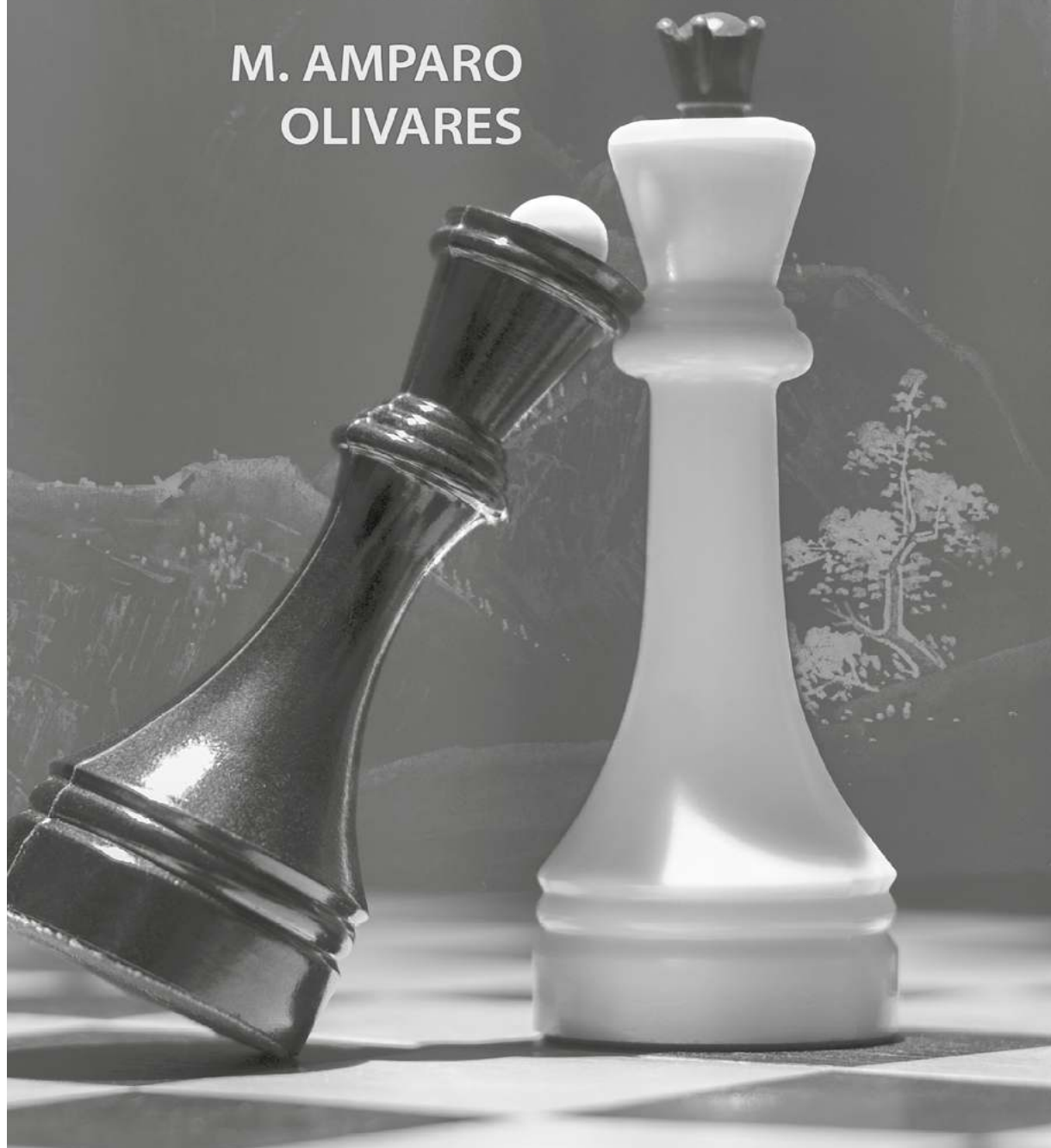
[54](#)

[Agradecimientos](#)

[Más Nou editorial](#)

NOS SEPARAN DOS CONTINENTES

M. AMPARO
OLIVARES





.noU.

EDITORIAL

Título: Nos separan dos continentes.

© 2022 **María Amparo Olivares Estruch.**

© **Diseño y maquetación: nouTy.**

© **Imagen de portada: Eak.Temwanich para Shutterstock.**

Colección: **IRIS.**

Director de colección: **JJ. Weber.**

Primera edición mayo 2022.

Derechos exclusivos de la edición.

© nou EDITORIAL 2022.

ISBN: 978-84-17268-71-8

Edición digital julio 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

Más información:

noueditorial.com / Web

info@noueditorial.com / **Correo**

[@noueditorial](#) / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

nowestore.com / **Tienda online**

*A mi hijo Fernando y a mi sobrina Rosa Mari,
pues, por sus respectivas profesiones,
desde los primeros momentos
tuvieron que estar en primera línea
luchando sin tregua contra la Covid 19*

El cuadro del mundo que se le
presenta a la gente, no tiene la más
mínima relación con la realidad.
Ya que la verdad sobre cada asunto
queda enterrada bajo montañas de mentiras.
Noam Chomsky

PRIMERA PARTE
WUHAN

CAPÍTULO 1

Carla Puig había llegado a Wuhan hacía algo más de un mes, con la intención de estudiar la cultura china y perfeccionar el idioma. Le parecía increíble que pudiese estar en un país como aquel, pues era uno de los sueños que había acariciado durante mucho tiempo; aunque siempre le pareció tan lejano, que nunca imaginó que pudiese hacerse realidad. Sin embargo, los acontecimientos surgieron de la manera más inesperada.

—Si no te decides a ir a China, nunca aprenderás a hablar bien el idioma —le repetía continuamente su amiga Jía Li—. A mí me ha pasado con el español, he tenido que venir aquí para conseguir hablarlo con cierta soltura.

Las dos jóvenes se habían conocido en la Escuela Oficial de Idiomas de Valencia, donde Jía Li estudiaba español y Carla, mandarín. Ambas frecuentaban la misma cafetería y un día la joven china le preguntó por una calle y Carla, que le cogía de paso a su casa, se ofreció a acompañarla. Congeniaron enseguida; el resto ya fue fácil. Todas las mañanas salían juntas a correr por el antiguo cauce del río Turia, y habían hecho un pacto de ayuda mutua, un día hablaban en español y el otro en chino. A veces, la pronunciación les resultaba tan graciosa que las hacía reír a carcajadas.

Jía Li llevaba dos años en España y vivía con unos tíos que regentaban un restaurante en la ciudad. Pese a la continua insistencia de su amiga, Carla se resistía a hacer el viaje. El motivo principal, era muy meticulosa para las comidas e incapaz de probar nada que no le resultase familiar. Le gustaban tan pocas cosas que su alimentación era muy rutinaria.

—¿No te gustaría conocer mi país? —volvió a preguntarle Jía Li.

—Ya lo creo. Me fascinaría poder ir.

—Entonces... —Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Jía Li se golpeó la frente con la palma de la mano y no pudo evitar reír abiertamente—. Ya salió, lo

que a ti te preocupa son nuestras costumbres en el comer.

Carla enrojeció, y no pudo escurrirse de las evidencias que la delataban.

—Pues la verdad es que sí, solo con pensar en todos esos bichejos que coméis ya se me eriza la piel.

— ¿A qué bichejos te refieres? —preguntó Jía Li sin dejar de reír.

—Pues a las ratas, los murciélagos, las serpientes... y no me hagas nombrar más que me pongo a temblar.

—Nuestras costumbres no son tan diferentes a las vuestras.

—¡Cómo qué no! —exclamó enfadada—. Nosotros no comemos esas asquerosidades. —Tan pronto lo dijo, Carla se arrepintió e intentó rectificar—. Bueno, quiero decir que tenemos distintos hábitos.

—La alimentación, como otras muchas cosas, está basada en la cultura de cada lugar. Te asquea pensar que nosotros podamos comer serpientes y ¿qué me dices de las anguilas? Son como serpientes y, sin embargo, están dentro de vuestros platos más tradicionales.

—Jamás he probado una —replicó Carla con repulsión.

—Tú no, pero están consideradas como un manjar excelente, y ¿qué me dices de los caracoles o las ranas? Como podrás observar, no somos tan diferentes, simplemente es a lo que nos acostumbran a comer desde pequeños.

El verano de 2019, Carla invitó a su amiga a pasar el mes de agosto con su familia, en una plantación de naranjos que tenían en el valle de la Murta en Alzira.

La última semana de aquellas vacaciones, Carla estaba mirando un documental de China cuando entró Jía Li, que venía de la piscina; llevaba una toalla envuelta por el cuerpo y de su largo cabello caían gotas de agua.

—Mira, Jía Li —dijo Carla, señalando la pantalla de la televisión—, estoy viendo un reportaje de la floración de los cerezos en China; es un espectáculo maravilloso.

—¿Te gustaría verlos al natural? —preguntó la joven con una sonrisa burlona.

—Ya lo creo.

—Entonces en tus manos está, tú decides. Sabes que en septiembre voy a regresar a mi país, es una buena oportunidad para ti. Puedes venir conmigo.

Carla se quedó mirándola mientras en su pensamiento se dibujaba la visión de los cerezos en flor. Jía Li continuó con entusiasmo.

—Y por lo de la comida no te preocupes, en China como en cualquier otro lugar, hay de todo.

El padre de Jía Li era médico, al igual que lo era el padre de Carla, y tal vez aquella coincidencia, hizo que su amistad se acentuase más. Su madre hacía cinco años que había muerto, y su hermana mayor, casada con un diplomático, vivía en Australia. Dos años después de morir su madre, fue cuando decidió irse a estudiar a España.

A Jía Li no le fue difícil salir de China para realizar sus estudios de Bellas Artes en España. Su padre era un trabajador ejemplar, muy a gusto con el Gobierno de la nación, por lo que acumulaba los puntos suficientes para permitirse mandar a su hija a estudiar al extranjero. Jía Li eligió España por tres motivos; uno, porque allí residían sus tíos; otro, porque es un país que posee un gran patrimonio de obras de arte en el que poder estudiar los diferentes estilos; y tercero, porque el español era un idioma que la atraía. Pero había llegado el momento de regresar a casa y poner todos los conocimientos aprendidos a disposición de su Gobierno y del bien de la patria.

Carla, desde que comenzara a estudiar chino, hacía ya tres años, ardía en deseos de conocer China y estudiar las raíces de su cultura. Incluso los mismos profesores se lo habían aconsejado, pues siempre le decían que, a pesar de lo difícil que era, ella tenía muchas cualidades para su aprendizaje. Sin embargo, la ilusión por el viaje se veía menguado por sus miedos. Era más tímida de lo que la gente pudiese imaginar y aquel paso no le resultaba nada fácil. Y para colmo, estaba lo de la comida; solo con pensar en que pudiese comer camuflado alguno de aquellos animales que tanto le repugnaba, la ponía enferma. Sin embargo, tenía que admitir que últimamente Jía Li la tenía casi convencida.

Cuando por fin aceptó la invitación de su amiga, llegó el momento de comunicárselo a su familia, otro de los escollos que tendría que superar.

A sus padres les sorprendió tanto, que en un principio no supieron qué decir y como Jía Li estaba presente, no quisieron opinar nada que pudiese ofender a la joven china.

Aquella tarde de últimos de agosto, aprovechando que las dos amigas habían salido, la familia se reunió para debatir la decisión de Carla.

—Pues yo creo que a Carla le beneficiaría irse por un año a China. Adrián ejerce demasiada influencia sobre ella, la ha apartado de sus estudios de literatura y la ha abocado al periodismo, solo porque él es periodista —dijo Quique, el hermano de Carla, que nunca había visto con buenos ojos al novio de la joven.

—En eso te doy la razón. Sé que Carla está hecha un lío, y alejarse le haría bien. Adrián anula su personalidad y eso no me gusta. Pero tampoco voy a mandar a mi

hija a un país extranjero —añadió el doctor Octavio Puig, que se debatía entre dos opiniones contradictorias.

—No tenemos que dejarla ir. Nada se le ha perdido en China y no sé qué tenéis contra Adrián. Es un buen chico —replicó Amparo. La madre no quería ni pensar en aquel absurdo viaje.

—Mamá, todo no consiste en ser buena persona —prosiguió Quique—. Adrián es un manipulador, Carla no se da cuenta porque es el único chico que ha conocido y él tampoco le permite ampliar mucho el círculo de sus amistades. Deberías darte cuenta. Y me parece que China es una buena escapatoria.

—Estoy de acuerdo contigo —aprobó Octavio—. No obstante, no puedo dejar que tu hermana se marche sola a un país tan alejado del nuestro.

—No va a ir sola, se va con Jía Li.

—Sí, pero seamos realistas, ¿qué sabemos de ella? Es una chica agradable, simpática, educada. Sin embargo, de su familia solo conocemos lo que Jía Li nos ha contado. Puede que sea sincera o puede que sea una tapadera para captar la atención de jovencitas. No me puedo fiar, hay demasiado tráfico de personas, demasiada maldad en todas partes. Sé que hoy en día los jóvenes estudiantes se mueven con absoluta libertad por todo el mundo, aunque también tenemos que pensar que el régimen de China es muy cerrado y se escapa a muchos de los acuerdos internacionales.

—Pues entonces, no hay más que discutir. No la dejamos ir y ya está —cortó la madre enfadada, al no comprender aquella obstinación de su hija por querer marcharse ni tampoco las dudas de su marido.

—Carla está muy ilusionada y no creo que la prohibición sea la solución más acertada. Es mayor de edad; si se empeña se irá sin nuestro consentimiento y eso todavía sería peor.

—Si no hubiese conocido a esa Jía Li, esto no hubiese sucedido —continuó la madre enfadada.

A sus palabras siguió un prolongado silencio. Cada uno se sumergió en sus pensamientos, analizando qué sería mejor para Carla. Fue Quique el primero en volver a hablar.

—Papá, según nos ha contado Jía Li, su padre es médico y trabaja en el hospital central de Wuhan. ¿No trabaja allí también ese especialista que tú conoces tanto?

—Sí, el doctor Qiang. Hemos coincidido en muchos congresos. Es más, la semana pasada me mandó un memorándum de unos descubrimientos que han

hecho sobre la acondroplasia y sus posibles causas. Tienes razón. Ahora mismo le voy a mandar un correo y saldremos de dudas.

—¡Estáis locos! —exclamó Amparo enfadada, al ver que se acababan los argumentos por retener a su hija.

El doctor Qiang contestó casi de inmediato. Les dijo que conocía al doctor Huang Xing desde hacía muchos años, era un gran médico y un buen hombre. Sus únicos objetivos eran la felicidad de sus hijas y el campo de la medicina, para él la política o los actos sociales no tenían importancia. Era muy amante de la familia. Hacía cinco años que su mujer había muerto y había mandado a estudiar a su hija pequeña a España, porque se había enamorado de un joven revolucionario que estaba en la cárcel. Añadía a la nota: Puedes mandar a tu hija con toda tranquilidad, en casa del doctor Xing estará mucho mejor que en la residencia de cualquier campus universitario.

—Vaya, por lo que me dice el doctor Qiang, somos los padres los que tenemos que liberar a las hijas de la mala influencia de sus novios.

Adrián era el novio de Carla. Se conocieron en el instituto, y ella no había salido ya con ningún otro chico. Decidió estudiar Periodismo influida por él, pero era una carrera que no le atraía. Aunque la materia en sí le gustaba, era muy tímida para hacer entrevistas y, sobre todo, para formular preguntas indiscretas; por lo que estaba segura de que nunca llegaría a ser una buena reportera.

Se llevaban tres años de diferencia, así que Adrián ya había terminado la carrera y hacía dos años que trabajaba en Onda Cero. Al finalizar el curso, él le buscó un puesto en la misma emisora para que pudiese hacer allí las prácticas obligatorias. Por ese motivo, cuando Carla le dijo que se iba a China, no podía salir de su asombro.

—¡No hablarás en serio! —Su exclamación era casi un grito.

—Claro que hablo en serio, mis padres ya lo saben y están conformes con que me vaya.

—Estás loca, ¿qué se te ha perdido en China?

—Si estoy estudiando el idioma... No sé por qué te parece tan disparatada la idea.

—Porque no es idea tuya, sino de esa absurda amiga china que te has buscado. Además, ¿no dices que la comida de allí te repugna? Y ahora te vas, sin más.

—Conoces de sobra mis ilusiones, siempre he querido ir, solo que no me decidía a hacerlo. Con Jía Li tengo el apoyo que me faltaba, y en cuanto a la comida, a ella le gusta la cocina europea, así que no voy a tener ningún problema.

—De verdad, Carla, que no te comprendo. ¿Cuántas compañeras tuyas querrían tener la oportunidad de trabajar en una emisora de radio en la misma ciudad donde viven? ¿Sabes lo que me ha costado conseguir que te admitiesen? Y ahora me dejas plantado.

—No quiero dejarte plantado. Pero debes admitir que has hecho las cosas sin consultarme. —Carla trató de justificarse.

—Porque quería que fuese una sorpresa para ti.

—Vale, pero yo no sabía nada y cuando me lo dijiste ya tenía los billetes y las cosas arregladas para irme a China. Sabes que tengo facilidad para aprender el idioma. Un año allí me vendrá muy bien. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

—Porque te quiero y no quiero estar un año sin verte.

Carla notó que se iba ablandando y comenzó a sentir remordimientos.

—Yo también te quiero...

Y mientras lo decía, se acercó mimosa para besarlo. Adrián la apartó con brusquedad.

—Si me quisieses, no te marcharías.

El gesto de Adrián fue tan brusco, que Carla no pudo reaccionar. Fue entonces cuando escuchó su amenaza:

—Si te vas, ya puedes dar por terminada nuestra relación. No voy a estar todo un año haciendo el gilipollas, mientras tú te das la gran vida en China.

Carla quiso retenerlo, pero sus piernas se negaban a avanzar; quiso explicarle que aquello no era así, aunque las palabras se quedaron ahogadas en su interior. Sintió correr las lágrimas por sus mejillas mientras lo veía alejarse.

CAPÍTULO 2

La llegada a Wuhan le resultó a Carla mucho más fácil de lo que hubiese podido imaginar. El doctor Huang Xing era un hombre muy educado, hablaba con mucha calma, tenía un gran sentido de la responsabilidad y adoraba a Jía Li. Su casa situada en el distrito de Jiangnan era de aspecto típico oriental, de planta cuadrada, se accedía a través de una estrecha y alta puerta de madera con incrustaciones de cabezas de dragones y cubierta por un tejadillo de azulejos azules. Todas las estancias daban a un reducido patio central, con un pequeño estanque en el medio rodeado de plantas. Las dependencias de la casa se habían modernizado, más acorde con los nuevos tiempos. Las esteras habían sido sustituidas por cómodos divanes y la cocina con avanzados electrodomésticos.

Desde el principio, Carla se sintió como en su propio hogar. En los primeros días estaba un poco asustada por lo de la comida, pero no tuvo problemas en adaptarse. Jía Li cumplió su promesa y preparaba ensaladas y sopas cuyos ingredientes le eran familiares a su amiga, así como carne y pescado.

—¿Por qué no te vienes al mercado conmigo? —Le propuso una mañana Jía Li —. Así podrás ver todos nuestros productos.

La mente de Carla actuó con rapidez y solo con pensar lo que allí podría encontrar, rehusó de inmediato.

—Mejor me quedo, porque si veo ciertas cosas, seguro que ya no como nada y tendría que volverme a España.

Aquel simple comentario hizo meditar a Jía Li, que aprovechó para preguntarle.

—¿Te gustaría?

—Me gustaría, ¿qué?

—Pues eso, volver a España.

—¡Pero qué dices! Ahora que empiezo a familiarizarme con vuestra cultura. Además, las clases son fabulosas, he aprendido más en un mes aquí que en tres

años en España.

—Ya te dije que si no te decidías a venir, nunca aprenderías a hablar bien el chino. A mí me pasó con el español y ahora, ya ves. Oye, por cierto, deberíamos seguir el mismo acuerdo de cuando vivíamos en Valencia. Al menos cuando estemos solas. Un día hablaremos en español y otro en chino, así practicaremos las dos.

—Me parece estupendo.

Tras varios días de lluvia, por fin lucía un esplendoroso sol. El doctor Huang había salido a dar un paseo y las dos amigas se encontraban en el pequeño jardín gozando de la suave temperatura. Jía Li quería ir un poco más allá, deseaba profundizar en los sentimientos de su amiga. Algunas veces, no podía evitar sentir remordimiento por si había influido demasiado en aquel viaje y ser la responsable del fin de la relación de su amiga con Adrián.

—¿Has sabido algo de Adrián? —preguntó con miedo de lo que Carla pudiese contestar.

—No, nada, el primer día cuando llegamos y vi tu casa tan oriental, tomé unas fotos y se las mandé, al no recibir contestación, le escribí un correo electrónico, pero tampoco. Después decidí llamarle y no me cogió el teléfono. No me perdona que haya venido a China. Lo dejó muy claro, que no iba a estar esperándome y que era el final de nuestra relación.

—¿Te duele?

Carla levantó la mirada y se tropezó con un cielo rabiosamente azul.

—Es un poco difícil de explicar. Lo que sí es cierto es que me estaba ahogando con los estudios de Periodismo. Además, añoraba la literatura que empecé y dejé por él. Mi padre tenía razón, este viaje era necesario, tenía que aclarar mis ideas y en Valencia nunca lo hubiese conseguido.

—¿Y respecto a Adrián...?

Carla levantó los hombros en un gesto de incertidumbre.

—No sé, pero creo que necesitaba alejarme de él, respirar libertad. Si le he llamado, ha sido más que nada para disculparme por todo el mal que le haya podido hacer y desearle que sea feliz.

—¿Y qué mal le has hecho?

—Dejarlo plantando después de haberme buscado el trabajo en la radio.

—Tú no lo dejaste plantado, fue él quien actuó por su cuenta sin consultarte.

—Lo sé, pero...

—¿Pero... qué? Él nunca debió de hacer nada sin preguntarte antes.

—Eso es verdad. Y no sabes lo feliz que estoy de haber venido, pero aun así, no puedo evitar pensar si, tal vez, he sido injusta con él.

Jía Li la miró y observó cierta preocupación en su mirada.

—¿Por qué piensas que para ser feliz necesitas la aprobación de Adrián?

—¿De verdad es esa la impresión que doy?

—Pues sí, de verdad.

—Será otro de mis defectos. —Río divertida.

A las risas le siguió un prolongado silencio.

—Carla, este domingo vamos a tener un invitado.

—¿Un invitado? —preguntó sorprendida.

—Sí, se trata de Ming. —Carla la interrogo con la mirada—. Es mi antiguo novio y no nos hemos visto desde que me fui a España.

Aquella confesión sorprendió a Carla. Nunca había oído hablar a su amiga de ningún chico especial. A decir verdad, jamás la había oído mencionar la palabra amor.

—¿Continúas enamorada de él?

—Sí, a pesar de los dos años vividos en España no he podido olvidarlo.

—¿Y él a ti?

—Los dos continuamos amándonos.

—Entonces... ¿por qué os separasteis? ¿Por qué viniste a España?

Jía Li lanzó un suspiró cargado de nostalgia.

—Era mi primer año en la universidad de Bellas Artes, Ming cursaba quinto de Biología. Era un gran estudiante, matrícula de honor, una de esas personas que le gustan a nuestro Gobierno, porque son las que engrandecen al país; pero lo cierto era que, para Ming, era todo lo contrario. A menudo censuraba la actitud del Gobierno y era el primero en organizar cualquier protesta. Aquí, en ese aspecto, la censura es muy estricta y un día Ming fue detenido. Fui con mi padre a verlo a la cárcel, después del juicio y una condena a dos años de prisión. Recuerdo sus palabras:

—Jía Li, si de verdad me quieres, olvídame, no puedo evitar ser como soy y mi conducta solo te traerá problemas.

Lo trasladaron a otra provincia, que es un hecho bastante frecuente en nuestro país. A los agitadores procuran mantenerlos separados para que sus ideas revolucionarias no prosperen. Estaba muy triste, apenas podía concentrarme en mis estudios. Coincidió también con la marcha de mi hermana y la soledad cayó sobre mí como una pesada losa. Sufrí una gran depresión. Fue entonces cuando mi

padre me sugirió que continuase mis estudios en Europa; si de verdad amaba el arte, allí era donde mejor podía encontrarlo. Recuerdo que me dijo:

—Jía Li, no fuerces tu destino, él es más sabio que tú y que todos nosotros. Ve por el camino que has elegido y ese mismo camino, algún día, te conducirá a la meta que los dioses hayan elegido para ti.

Carla, en los pocos días que llevaba con ellos, había aprendido a conocer al doctor Huang, que era un hombre que hablaba poco, pero cuyas palabras siempre iban acompañadas de hermosas frases que hacían reflexionar. La voz de Jía Li continuaba sonando en unas confidencias que ella nunca hubiese imaginado.

—Al vivir mis tíos en España, decidí ir allí, y la verdad es que no me arrepiento. Tu país es poseedor de un gran patrimonio cultural.

Carla se quedó unos minutos pensativa, y hasta ella llegaron las imágenes de la cafetería donde se conocieron, los días en los que corrían por el viejo cauce del río, o el verano que pasaron juntas en la finca de la Murta, en la que Jía Li no paraba de tomar apuntes en su cuaderno sobre las plantaciones de naranjos.

—¿Debo entender que Ming está libre? —preguntó.

—Sí, pasó un año en prisión, que aprovechó para continuar estudiando. Poco después, las leyes se ablandaron en ciertos aspectos, porque uno de los objetivos principales del Gobierno es convertirse en la primera potencia del mundo. Y hombres con la inteligencia de Ming le hacen falta. Además, el tiempo todo lo suaviza, y las ideas revolucionarias que tenía también se han calmado. Ahora trabaja en un laboratorio de investigación. Está muy centrado en lo que hace y la política ya no le interesa tanto.

—¿Sigue soltero? ¿Lo has invitado tú? —Las preguntas se amontonaban en los labios de Carla, queriendo atrapar todas las respuestas de aquella parte de la vida de su amiga que no conocía.

—Sí, lo he invitado yo y sigue soltero. Realmente, y aunque no se lo he dicho nunca a nadie, siempre hemos estado en contacto. Temía decírselo a mi padre; sin embargo, me ha dicho que puedo invitarlo sin ningún problema.

Los primeros rayos de sol se colaron en la habitación que compartían las dos amigas. Carla miró al exterior, los árboles del jardín comenzaban a perder las hojas mostrando una estampa apagada. Se volvió hacia la cama de Jía Li y vio que ella también se había despertado.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó

—Un poco sí, la verdad. Pero como dice mi padre, deja que todo trascorra con naturalidad. Los nervios no van a cambiar las cosas ni los acontecimientos.

—Tu padre es una persona excepcional.

—Sí, sí que lo es.

—Bien, habrá que levantarse, si queremos organizarlo todo con tiempo.

—Tienes razón.

Ming resultó ser una persona de trato fácil. Tenía treinta años, de estatura mediana, delgado, con mucho pelo y ojos tan negros, que parecían esconder la noche en la mirada. Se le notaba, en cada uno de los gestos, que no había podido olvidar a Jía Li. Durante la comida y la sobremesa estuvo muy pendiente de ella. Cuando se disponía a irse, el doctor Huang propuso:

—Hija, ¿por qué no sales a dar un paseo con Ming? Todavía es temprano. Mientras, Carla y yo recogeremos las cosas. Seguro que tendréis mucho de qué hablar.

—Pero...

—Tu padre tiene razón —apuntó Carla—. Además le he prometido que le contaría todo el proceso de las fiestas falleras.

—¿No te parece que hemos hecho bien? —preguntó el doctor Huang, mientras iban cargados de platos hacia la cocina.

Estaban hablando en chino, aunque muy despacio, ya que Carla todavía no dominaba el idioma lo suficiente como para llevar una conversación con soltura. El doctor Huang le había sugerido que podían hablar en inglés, que era una lengua que dominaban los dos, pero Carla prefería hacerlo en chino, pues quería aprenderlo cuanto antes y la mejor manera de hacerlo era no dejar de practicarlo.

—Ha sido una gran idea. Hacen muy buena pareja, ¿no cree?

—Sí, pero eso no es lo más importante. Lo principal es que se puedan descubrir uno al otro, solo cuando lleguen a profundizar en la manera de ser de cada uno, surgirá el verdadero amor.

—No sabía que Jía Li estuviese enamorada. Nunca me habló de Ming.

—Porque su estancia en España era una nueva etapa en su vida. Ming formaba parte de China, por lo tanto tenía que quedarse aquí; mientras que para ella se abrían nuevos horizontes. Sin embargo, parece ser, que en lugar de olvidarse debido a la distancia, han continuado comunicándose. En fin, el destino dirá.

Carla no terminó de comprender las palabras del doctor Huang, pero decidió no preguntar; además, era la manera de hablar de él y no le dio demasiada importancia. Comenzó a enjabonar los platos, mientras el doctor Huang los iba secando.

—Deje que lo haga yo. —Se ofreció. Veía raro que un hombre mayor y de aspecto tan venerable, hiciese aquellos trabajos domésticos.

—Nada de eso, si lo hiciese, tú te quedarías sola en la cocina y yo solo en el salón, y nos perderíamos esta agradable conversación.

—Me gusta escucharlo, tiene una forma especial de ver las cosas.

—¿Ves? Por eso tengo que estar en la cocina ayudándote.

Los dos sonrieron y durante unos minutos guardaron silencio. El doctor Huang la miraba. Según su forma de pensar, él no tenía que seguir forzando una conversación que a lo mejor podía incomodar a Carla. Si le apetecía seguir hablando, era ella la que tenía que proseguir. Como así hizo.

—Ha debido de ser muy duro para usted tener a sus hijas tan lejos.

—Para un padre siempre es duro no ver a diario la sonrisa de sus hijas, pero hay que ser generosos y la misión de un buen padre es guiarles para que encuentren su propio camino. Mi hija mayor es feliz en su matrimonio, y yo soy feliz con ella. Jía Li es más sensible, por eso sufrió mucho cuando detuvieron a Ming. No sabíamos lo que iba a durar su encierro y si continuaría siendo un agitador; y ella tenía que encontrar su propio camino. Sin embargo, ignoraba que continuase tan ligada a Ming. —Se detuvo mientras secaba el último plato y lo guardaba en el armario—. Cuando murió mi esposa, mi vida sufrió un gran cambio, había perdido a mi compañera, mi amor, mi confidente, parte de mi vida se fue con ella. No obstante, también aprendí que la vida es demasiado corta y de nada sirve rasgarse las vestiduras en algo que ya no tiene remedio. Además, tenía que hacerles comprender a mis hijas que la tristeza no debía impedirles seguir buscando su destino, porque si se detenían, presas de la tristeza, lo más probable es que las golpearían los vientos de la vida.

Carla se quedó de nuevo pensativa, era difícil estar al lado del doctor Huang y no analizar cada una de sus palabras. El hombre observó el semblante serio de Carla y quiso poner una nota de humor.

—Ahora los chinos somos muy afortunados. En tiempos pasados era una desgracia tener hijas, e incluso la mayoría de padres las vendían. Ahora, en cambio, podemos hasta mandarlas a la universidad.

Carla sonrió ante el comentario del doctor.

—Doctor Huang, no sabe lo que le agradezco que me haya abierto las puertas de su casa. Me encuentro tan a gusto como si estuviese en la mía. Mis padres le mandan muchos saludos.

—Tus palabras me hacen feliz. Sabes que muchas noches intercambio correos con tu padre sobre asuntos de medicina. Él me comunica cómo van las investigaciones en España sobre ciertas enfermedades; y yo, a la vez, le mando los estudios que realizamos en China.

—¿Y se entienden? —preguntó Carla.

—Oh, para eso están los traductores. La verdad es que no tenemos problemas.

CAPÍTULO 3

El profesor de literatura de la clase donde se había matriculado Carla, se llamaba Chang. Todavía no había cumplido los treinta años y, a su juicio, era muy guapo. La primera vez que lo vio, pensó que no parecía chino; era más alto de lo habitual en ellos, su elegancia se traslucía en cada uno de sus gestos, tenía los ojos oscuros, sin llegar a ser negros, una frente pequeña y unos labios sensuales que sonreían al hablar. Se deleitó al recordar la primera vez que entablaron conversación fuera del aula. De normal, Carla solo tenía clases por las mañanas, así que a la hora de comer estaba siempre en casa de Jía Li; pero aquel día, excepcionalmente, había clase por la tarde, por lo que no tuvo más opción que quedarse a comer en la cafetería de la facultad. Cuando se encontraba en la cola con la bandeja en la mano, le entró el pánico al mirar los platos expuestos en la vitrina. ¿Y si alguno de ellos estaba elaborado con algún bichejo raro de esos que a ella le daban tanta repulsión, y al servirlos en trocitos pequeños y acompañados de verduras, no lo detectase? Así que después de examinarlo todo con atención, abandonó la cola. Mejor pasar hambre que comer algo que no le fuese conocido. Iba tan distraída en sus pensamientos que no vio a Chang, que en aquellos momentos se incorporaba a la cola, y casi tropieza con él.

—¿No le apetece nada de lo que hay expuesto? —preguntó sonriente. Llevaba varios minutos observándola sin que Carla lo advirtiese.

—Es que... —titubeó mientras sentía que sus mejillas enrojecían—. Bueno, como no conozco los platos, no sé si me gustarán.

—¿Por qué no prueba los tallarines secos? Es uno de nuestros platos típicos.

—¿Los tallarines secos? —repitió sin saber cómo salir de aquella situación.

—Sí, la receta es muy simple y le gusta a todo el mundo. Están hervidos con sésamo y sal, después se dejan enfriar, y cuando se van a servir, se vuelven a hervir y se les añade la salsa que ve en esos recipientes. Los ingredientes son muy

conocidos: jalea de sésamo, salsa de soja, sal, azúcar, pimienta, vinagre, zumo de jengibre y cacahuets picados.

—¿No estarán muy picantes? —volvió a preguntar, intentando escapar cuanto antes de allí.

—No, si no le añade mostaza o salsa picante.

Carla, al final, accedió, más por no contradecir al profesor, que porque le apeteciese comer aquello. Jía Li ya le había comentado que los tallarines secos era uno de los platos típicos de Wuhan, pero conociendo a su amiga, no se arriesgaba con nada nuevo.

Carla, con la bandeja en la mano, buscó con la mirada una mesa libre; lo que no pudo imaginar es que Chang la siguiese y fuese a sentarse con ella.

Los primeros minutos fueron muy embarazosos para Carla, la proximidad de Chang la intimidaba. Él había pedido lo mismo. Observó como los cogía con los palillos y se los llevaba con toda naturalidad a la boca. Sabía que no podía demorar más la situación, tenía que comer, aunque le resultase una tortura. Menos mal que el profesor le sugirió que cogiese un tenedor, que con los palillos, si no tenía práctica, le iba a resultar muy complicado. Carla se llevó los primeros tallarines a la boca con el mismo miedo que si fuese camino del patíbulo. El sabor de la pasta, junto a aquellos ingredientes, se deshizo en su boca con un estallido de placer, que armonizaba muy bien con su complicado paladar. Volvió a repetir la operación, esta vez con la ración un poco más aumentada y la sensación fue deliciosa.

—Están muy buenos —admitió sorprendida.

—Ya le he dicho que le gustarían.

—Mi amiga Jía Li ya me había hablado de ellos, pero nunca los había probado.

—Qué raro que siendo su amiga de aquí, no la haya sorprendido con uno de nuestros platos favoritos.

—Bueno... —volvió a titubear— es culpa mía, soy muy rara para la comida.

—Vaya, cuesta creerlo —comentó riendo.

—No se ría, que no sabe el suplicio que resulta para mí, sobre todo cuando tengo que comer fuera de casa. Y no me sucede solo aquí en China, en España me pasa lo mismo.

—¿De qué parte de España es?

—De Valencia. ¿Ha estado alguna vez allí?

—No, de España solo conozco Madrid, estuve una semana en una excursión con alumnos de la facultad.

—¿Le gustó?

—Sí, mucho, estuvimos en el Museo del Prado, en el Escorial y también nos desplazamos hasta Toledo. Me impresionó su cultura. De hecho, entre mis próximos proyectos está volver a España y aprender español.

Igual que con el doctor Huang, Carla hablaba despacio, pues seguía sin saber suficiente chino como para llevar una conversación fluida. Chang se dio cuenta y le sugirió:

—Si tiene mucha dificultad para hablar en chino podemos hacerlo en inglés, lo habló perfectamente y supongo que usted también.

—Se lo agradezco, aunque me defiendo bien, reconozco que todavía hay frases que se me escapan.

—Es lógico, el chino no es un idioma fácil.

Poco a poco los nervios de Carla fueron desapareciendo, al igual que el plato de tallarines que tenía delante.

—¿De verdad quiere aprender español?

—Sí, lo tengo en mente desde que leí *El Quijote*, es un gran libro, pero pienso que con las traducciones siempre se pierde calidad, y me hice la promesa de que algún día lo leería en el idioma original. Sin embargo, hay que admitir que es una lengua difícil por la cantidad de verbos que tiene.

—¿Más que el chino?

Los dos se echaron a reír.

—¿Y a usted que le ha movido a estudiar literatura china?

—Me fascina su cultura. Así que un día me dio por estudiar el mandarín, de esa manera conocí a Jía Li, que estaba estudiando español y me convenció para que viniese a China a perfeccionarlo. Me repetía continuamente que un idioma nunca se aprende bien si no vas a su lugar de origen.

—Eso es verdad.

—Me matriculé en literatura porque pensé que es la mejor manera de perfeccionar el idioma y conocer al mismo tiempo la cultura del lugar.

Chang levantó la copa de vino que estaba bebiendo y añadió:

—La felicito por ello. Tiene mucha razón y otra de las mejores maneras de adentrarse en la cultura de un país es visitando sus museos.

Así fue como Chang se ofreció a acompañarla para que visitase el Museo Provincial de Hubei. Carla llegó al lugar veinte minutos antes de la hora revista. El emplazamiento donde estaba situado la impresionó: una gran explanada anteceda a la puerta principal, donde se asomaban las fachadas de los tres edificios que comprendían las instalaciones. El eje central del área reflejaba la simetría con las

dependencias de los lados; todo el exterior estaba decorado con granito de color gris claro y los techos escalonados pavimentados, con azulejos de un grisáceo profundo.

Carla sintió la humedad sobre su rostro y los cabellos. Se subió el cuello de la chaqueta y se frotó las manos para entrar en calor. Anduvo los escasos metros que la separaban de la entrada principal y optó por sentarse en uno de los escalones. Al levantar la mirada, sus ojos tropezaron con un horizonte cerrado por el lago Este que unía sus aguas a las verdes del río Yangtsé.

Apenas habían pasado diez minutos cuando sintió que el frío la estaba dejando helada. Con su manía de no llegar tarde, había ido demasiado pronto y aquello tampoco le gustaba. No quería alejarse por si se despistaba y el profesor no la veía, después de haber sido tan amable con ella y ofrecerse a ser su guía en la visita al museo. Sin embargo, tampoco podía estar más tiempo sentada como una tonta y encima helándose. El recinto era tan espacioso que Chang podía aparecer por cualquier esquina sin que ella advirtiese su presencia. Además, había mucha gente haciendo fotos y preparándose para entrar, lo que dificultaba aún más la visión.

Chang la vio casi de inmediato, estaba delante de los escalones de la entrada principal. El suave viento levantaba sus largos cabellos de un castaño dorado, aunque lo que más le cautivó, desde el primer día que la vio, fueron sus grandes ojos del mismo color que las esmeraldas; todo en ella era armonioso y encantador. Los primeros días de clase, advirtió enseguida que era tremendamente tímida, jamás preguntaba nada a pesar de estar muy atenta a las explicaciones. Cuando la observó en la cafetería mirando con repugnancia los alimentos, la calificó como una joven de veintitantos años, mimada y acostumbrada a que todos la sirviesen. Y no pudo por menos que preguntarse qué estaría haciendo en China. Tal vez había huido de algún drama personal o era la propia familia la que la había impulsado a alejarse del hogar, para que aprendiese a valerse por sí misma. Aquellos interrogantes le hicieron fijarse más en todo lo que hacía. Eran pocos los alumnos españoles que pasaban por su aula y ese era otro de los motivos que añadir a su curiosidad. Sin embargo, las cosas cambiaron el día de los tallarines secos. Aquel breve espacio de tiempo que pasaron juntos, fue suficiente para descartar el retrato que se había formado de ella. En lo único que acertó fue en que era tímida; no obstante, cuando lograba relajarse y tomar parte en la conversación, se abría de forma espontánea y dejaba entrever que era una joven deliciosamente atractiva.

—Buenos días, Carla —saludó estrechándole la mano. Todavía no habían traspasado la barrera entre profesor y alumna—. ¿Hace mucho que espera?

—No, qué va —mintió—. Acabo de llegar. Esto es espectacular.

—Sí, sí que lo es. ¿Preparada para adentrarse en las raíces de la historia China?

—Sí, estoy impaciente por hacerlo.

Los primeros minutos, Carla se sintió incómoda, una cosa era ver al profesor en clase y otra muy distinta estar los dos solos. Además, ella lo veía más como un hombre tremendamente atractivo que como su profesor.

Comenzaron a recorrer las salas y en cada una de ellas Chang le iba explicando aquello que creía que podía ser más interesante. Pasaron por la gran sala de los guerreros terracota, después hicieron una parada más pausada delante de las numerosas campanas del carrillón de Bianzhong, instrumentos musicales de bronce muy utilizados en la antigua cultura China.

—Esta es una de las joyas más preciadas del museo —dijo Chang deteniéndose ante una espada—. Es la espada de Goujian, rey del antiguo reino de Yue. Fue encontrada en unas excavaciones que se llevaron a cabo en 1960, en el interior de unas tumbas de guerreros. Según las costumbres de entonces, estos tenían que ser enterrados con sus armas.

—Es una costumbre bastante extensible en el mundo antiguo, los íberos, que fueron los primeros pobladores de España, también solían ser enterrados con sus armas —aclaró Carla, en un afán de mostrarle que todos aquellos privilegios no eran exclusivos de los chinos; incluso quiso ir un paso por delante—. Otra particularidad de los íberos era que los soldados, cuando se encontraban ante su jefe, solían hacer un saludo especial, un gesto que les gustó mucho a los romanos, y cuando conquistaron nuestras tierras quisieron imitarlo. De ahí su saludo cuando levantan el brazo y dicen algo así como ¡Ave, César!

—Sí, lo he visto en algunas películas, aunque ignoraba que su procedencia se debiese a los nativos de su país. Un motivo más que añadir a mi deseo de ir a España. —Sonrió Chang, que adivinó enseguida las intenciones de Carla, que no quería quedarse atrás en lo que se refería a la historia.

La joven continuaba con la mirada fija en la espada guardada dentro de la urna de cristal. Al ver con el interés con que la estaba mirando, el profesor continuó con sus explicaciones:

—Está fechada entre 496 a 465 a. C. Como podrá comprobar es un arma de doble filo, y lo más llamativo es que cuando fue encontrada, a pesar de los muchos siglos transcurridos y de la humedad propia de las tumbas, el filo continuaba en perfecto estado; tanto, que uno de los arqueólogos, al querer comprobarlo, se

cortó un dedo. Pero eso no fue todo, otra de las cosas que les sorprendió es que no había el menor signo de óxido.

—¿Cómo es posible? —preguntó Carla. Esta vez Chang sí había logrado sorprenderla.

—Por dos factores principalmente; uno, que estaba guardada en el interior de una caja de madera lacada y herméticamente cerrada; y otro, por la composición de los materiales con los que fue confeccionada: cobre, estaño, plomo, hierro, azufre y arsénico. Por lo visto, la mezcla evita el óxido.

—Sí que es algo curioso —admitió Carla, que no quería que Chang pensase que era una ignorante, pero tampoco una sabionda—. ¿Supongo que el esqueleto que encontraron sería el del rey Goujian?

—Pues aunque le parezca raro, no era el suyo y eso que fue sometido a detallados análisis.

—¿Entonces cómo pueden asegurar que era su espada?

—Fíjese en la inscripción que lleva —dijo señalando hacia un punto del arma.

—¿Son esos signos que parecen dibujos?

—Sí, es la escritura que llamamos pájaro, aunque su nombre correcto es sinograma. Es muy antigua; las palabras se representaban por medio de signos. Estos concretamente significan: “El rey de Yue hizo esta espada para su uso personal”. De ahí la certeza de que fue su espada.

—Son impresionantes las ricas incrustaciones que lleva.

—Son cristales azules y turquesas. Recuerde que el azul es un color muy relacionado con la cultura china, de ahí que muchas veces se le nombre como el Imperio Celeste.

Carla asintió complacida, comenzaba a descubrir esa civilización que durante tanto tiempo la había cautivado y nada menos que de la mano de un experto como era el profesor Chang.

Cuatro horas más tarde, por consejo de Chang, abandonaron el edificio.

—Creo que cuatro horas son más que suficientes para ver por primera vez un museo. Estar más tiempo no sirve de nada, terminaría con una indigestión de cultura, que le impediría apreciar su importancia. Pero es mi opinión, si lo desea podemos continuar.

—Oh no, así está bien y le agradezco que me lo haya dicho, me duele la espalda y ya no sabía cómo caminar.

—Me alegro de que mis cálculos no yerren. —Sonrió Chang—. Eso sí, hay que volver otro día para continuar descubriendo nuestro mundo antiguo.

Cuando salieron al exterior, las nubes habían desaparecido y el sol lucía con esplendor, lo que hizo que la temperatura fuese más agradable.

—¿Tiene algún plan ahora?

La pregunta sorprendió y alegró a Carla a partes iguales. Era la primera vez que se sentía libre para dirigir sus pasos sin preguntarse si era lo más adecuado, simplemente se dejaba llevar y reconoció que era muy agradable.

—Nada importante. Coger el autobús y regresar a casa. Por cierto, para ir al distrito Jiangnan, ¿me podría indicar la parada? Llevo mes y medio aquí, pero tengo que confesar que aún voy algo perdida.

—Es natural, Wuhan es muy grande, unos once millones de personas, más o menos. En realidad son tres ciudades que se unificaron en una sola. Además, siempre hay proyectadas nuevas construcciones. Ha tenido suerte, ahora todo está tranquilo; pero unos años atrás, esto era un verdadero caos.

Carla asintió y comenzó a caminar sin saber si estaba cogiendo la salida correcta, pero le daba apuro volver a preguntar. Tal vez Chang no la había entendido.

—Me gustaría invitarla a comer.

La proposición sonó como una dulce melodía a oídos de Carla, pero la alegría duró poco. A comer precisamente, otro tormento. Aquello no era la facultad donde ya sabía los platos que podía elegir; aquello era muy distinto y lo que para ellos era un rico manjar, para ella resultaría uno de esos platos imposibles de probar. Le gustaba la compañía de Chang, pero se preguntaba por qué no podían limitarse a dar un paseo por los alrededores, que eran preciosos.

—Es tarde —contestó con torpeza—. Jía Li me estará esperando.

—A Jía Li la puede llamar por teléfono y avisarla. —A Chang le costaba contener la risa al ver el miedo que, sin poder evitarlo, se dejaba traslucir en el rostro de Carla. Al fin decidió que ya la había hecho sufrir bastante—. No se asuste, que no la obligaré a comer nada que no desee. Aunque le cueste creerlo, también los chinos tenemos eso que los europeos llaman una comida normal.

Carla sintió que enrojecía hasta la raíz del pelo.

—No crea que desprecio sus costumbres alimentarias, es que yo soy muy rara. Así que no se preocupe, ha sido muy amable acompañándome a ver el museo. Pero invitarme a comer es un verdadero fracaso. Le amargaría la comida.

—¿Usted cree? ¿Por qué no deja que lo averigüe?

CAPÍTULO 4

Entraron en un restaurante cuyos grandes ventanales daban sobre el río Yangtsé. El sol se reflejaba sobre sus aguas y dibujaba destellos de color, y el verde arbolado se aislaba en pequeños bosques que se perdían en la lejanía. Ocuparon una mesa junto a una de las ventanas. La visión del paisaje deslumbró a Carla, quien, por unos minutos, se distrajo; sin embargo, no podía relajarse, solo pensaba en lo que irían a comer y, sin poder evitarlo, comenzaron a desfilarse por su cabeza cucarachas, murciélagos, ratas... que le producían fuertes arcadas. Su rostro palideció de forma alarmante, hasta tal punto que Chang le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí claro —contestó azorada—, me ha impresionado la vista del río, eso es todo.

Chang sonrió, adivinaba el motivo de su nerviosismo y aquello le divertía. Por su ficha universitaria, y a través de las conversaciones que había mantenido con ella después del día de los tallarines secos, sabía que tenía veintitrés años; no obstante, cuando el miedo la invadía, parecía una niña. Aunque tenía que admitir que había sido muy valiente; ya que, a pesar de sus limitaciones, no había dudado en desplazarse hasta China, y lo que más le sorprendía era el entusiasmo que mostraba por su cultura. Todo ello despertó su interés y tenía que reconocer que cada vez se sentía más atraído por aquella joven española.

—Venga por aquí —le dijo rozándole el brazo—, tenemos que elegir nuestra comida.

Entraron en una espaciosa sala recorrida por una gran vitrina desde la que se mostraba un gran surtido de alimentos, sobre todo pescados y mariscos. Carla la recorrió con la mirada y suspiró aliviada al ver que no había nada de lo que a ella le producía repulsión.

—Tiene que elegir lo que le apetezca comer, luego iremos hasta aquella esquina donde están las planchas y nos las cocinarán. Así que no tiene por qué preocuparse, solo comerá aquello que haya elegido.

—No sé —contestó indecisa, pero mucho más relajada.

—Si quiere dejarse aconsejar, los cangrejos de río están deliciosos y ese pescado de cabeza plana, que se llama Hanchuan, tiene un sabor muy similar a la merluza.

Carla cogió ambas cosas y las llevó donde los cocineros, con altos gorros blancos, elaboraban lo elegido por los clientes; que, previamente, rociaban con una salsa que olía de maravilla. La gente guardaba su turno, ya que al ser festivo, el restaurante estaba muy concurrido.

—En Valencia también tenemos restaurantes así —dijo Carla volviéndose hacia Chang—. Eliges la comida y los cocineros la preparan. La mayoría de ellos están regentados por gente japonesa, o china.

—Entonces debo entender que ya está familiarizada con la comida china.

—Solo con aquello que conozco. Además, no creo que en España les dejasen cocinar ciertas cosas —añadió con el mentón levantado para demostrar que ella sabía muy bien diferenciar los alimentos.

—Voy a coger las bebidas mientras esperamos el turno —dijo Chang, intentando no contradecirla—. ¿Me acompaña?

—No, mejor me quedo vigilando. Cójame un agua mineral para mí, por favor.

—¿No le apetece probar un vino rosado? Combina muy bien con lo que vamos a comer.

—Vale. Le haré caso.

Chang se alejó sonriendo. Aunque había logrado que Carla se relajara, todavía no se fiaba y quería vigilar de cerca la comida, por si acaso le añadían algo que no fuese de su gusto.

Un rato después, Carla logró vencer por completo su repulsión y estaba saboreando con placer aquellos alimentos, que no eran tan diferentes a lo que ella comía en España.

—Tenía razón, está delicioso —añadió mientras se limpiaba los dedos en un pequeño cacharro con agua y limón.

—Carla, tiene que entender que no todos los chinos comemos las mismas cosas. Yo también soy incapaz de probar ciertos alimentos.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida y abriendo los ojos con tanta intensidad, que Chang tuvo la deliciosa sensación de que se estaba sumergiendo en un mar de aguas verdes y transparentes.